

Nikolai Gógol

Almas muertas

Traducción y notas de Augusto Vidal



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Měrtvye duši*

Primera edición: 2008

Segunda edición: 2011

Cuarta reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción y notas: Herederos de Augusto Vidal

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2008, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-5341-9

Depósito legal: B. 22.327-2011

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9 Nota del editor

Almas muertas

Primera parte

- 15 Capítulo primero
- 34 Capítulo 2
- 65 Capítulo 3
- 97 Capítulo 4
- 138 Capítulo 5
- 171 Capítulo 6
- 206 Capítulo 7
- 239 Capítulo 8
- 276 Capítulo 9
- 306 Capítulo 10
- 337 Capítulo 11

Segunda parte

- 391 Capítulo primero
- 440 Capítulo 2
- 456 Capítulo 3
- 511 Capítulo 4

Nota del editor

Nikolai Gógol (1809-1852) publicó *Almas muertas* en el año 1842, con el título de *Aventuras de Chíchikov*, impuesto por la censura. La obra, que alcanzó notable repercusión y levantó algún revuelo, le valió gran fama y consolidó su reputación de gran narrador. A lo largo de los años siguientes trabajó en la continuación de la novela, obedeciendo a un plan sobre el cual se han formulado distintas hipótesis. Sea como fuese, esta continuación, al igual que algunos otros manuscritos inéditos, fue entregada a las llamas por el propio autor, gravemente enfermo tanto física como psíquicamente, pocos días antes de su muerte. Parte de ella, sin embargo, se salvó y llegó a ser publicada de forma póstuma, si bien con las inevitables omisiones motivadas por su parcial destrucción y por su carácter de manuscrito no preparado para su publicación. El presente volumen recoge como «Segunda parte» lo que se conserva de esta continuación, pese a su carácter incompleto.

Almas muertas

Primera parte

Capítulo primero

Por la puerta cochera de la fonda de la provinciana ciudad de N. entró una pequeña carretela de bastante buen aspecto, de las que tienen ballestas de suspensión y en las que suelen viajar los solterones: tenientes coroneles retirados, subcapitanes, terratenientes con un centenar de siervos, en una palabra, todos esos a quienes suelen llamar señores de medio pelo. Iba en el coche un señor que, sin ser guapo, no resultaba de desagradable presencia, ni demasiado gordo ni demasiado flaco; no podía decirse que fuera viejo, mas tampoco cabía afirmar que fuese demasiado joven. Su llegada no levantó en la ciudad ni el más pequeño revuelo ni se vio acompañada de nada especial. Tan sólo dos mujiks rusos que se hallaban a la puerta de una taberna, frente por frente de la posada, hicieron algunas observaciones, de todos modos referidas al coche más bien que a su ocupante.

—Mira —dijo uno de los mujiks al otro—, ¡fíjate en esa rueda! Qué te parece, ¿llegaría hasta Moscú, si viniera el caso?

–Llegaría –contestó el interpelado.

–¿Y a Kazán? A mí me parece que no llegaría, ¿eh?

–A Kazán no –respondió el otro.

Y en eso terminó la conversación. Añadiremos que, cerca de la fonda, la carretela se había cruzado con un joven que vestía pantalón blanco de fustán, muy estrecho y corto, y frac con pretensiones de responder a la moda; se le veía pechera blanca sujeta con un alfiler de bronce de Tula en forma de pistola. El joven se volvió, se quedó mirando al coche, se llevó la mano a la gorra, que por poco se la arrebata el viento, y prosiguió su camino.

Cuando el vehículo hubo entrado en el patio de la fonda, salió a recibir al señor un criado o mozo –que así suele llamarse a los criados en las posadas rusas– tan movetizo e inquieto que ni siquiera se podía apreciar qué cara tenía. Acudió presuroso y ágil con la servilleta en la mano, larguirucho y enfundado en una levita de tupido paño de algodón cuya espalda le llegaba poco menos que hasta la mismísima nuca; se sacudió los cabellos y acompañó ágilmente al señor arriba, a lo largo de toda una galería de madera, para mostrarle el aposento que Dios le había asignado. El cuarto era de cierto género, pues también era de cierto género la fonda, es decir, era precisamente tal como suelen ser las fondas en las ciudades de provincias, donde por dos rublos al día los viajeros reciben una tranquila habitación con cucarachas como ciuelas que se asoman por todos los rincones, y con una puerta que da a otro cuarto, condenada siempre mediante una cómoda, en el que se aloja un vecino, persona callada y tranquila, pero extraordinariamente curiosa, que se interesa por conocer con todo detalle al viajero. La fa-

chada de la fonda estaba en consonancia con su interior: era muy larga, de dos plantas. La inferior, no revocada, seguía con los ladrillos rojo-oscuros al aire, más oscuros aún debido a los nocivos cambios del tiempo, y ya un tanto sucios de por sí; la superior estaba pintada con la pintura amarilla de siempre. Abajo había unas tiendecitas en las que se vendían colleras, cuerdas y rosquillas. En la que hacía esquina, o mejor dicho, en una ventana, tenía su puesto el vendedor de hidromiel con su samovar de cobre y la cara tan roja como el propio samovar, hasta el punto de que, de lejos, habría podido creerse que eran dos los samovares puestos en la ventana si uno de ellos no llevara una barba negra como la pez.

Mientras el señor recién llegado examinaba su habitación, fueron trayendo su equipaje: ante todo, una maleta de piel blanca algo desgastada, con muestras de que no era la primera vez que iba de viaje. La subieron el cochero Selifán, hombre de baja estatura con una zamarra a modo de corto gabán, y el criado Petrushka, mozo de unos treinta años, que usaba una holgada y raída levita —heredada del señor según todas las apariencias—, el cual mozo era de aspecto algo huraño y tenía muy gruesos los labios y la nariz. Siguieron a la maleta un cofrecillo de caoba con incrustaciones de abedul de Carelia, unas hormas para las botas y un pollo asado envuelto en un papel azul. Cuando hubieron subido todo esto, el cochero Selifán se dirigió a la cuadra a ocuparse de los caballos, y el criado Petrushka empezó a acomodarse en una pequeña antesala, un tabuco muy oscuro, al que había tenido tiempo ya de trasladar su capote y junto con él cierto olor propio que había sido comunicado también

al saco que trajo a continuación con algunas prendas de su uso. En ese tabuco colocó, pegada a la pared, una estrecha cama de tres patas y la cubrió con una especie de jergón pequeño, aplastado y fino como una hojuela, quizá tan untuoso asimismo como una hojuela, que había logrado sacar al dueño de la fonda.

Mientras los criados se ocupaban de ordenar las cosas, el señor se dirigió a la sala. Todo viajero sabe muy bien cómo suelen ser estas salas: todas tienen las mismas paredes, pintadas al aceite, ennegrecidas en la parte superior por el humo de las pipas y relucientes en la parte inferior por el roce de las espaldas de los viajeros y más aún de los mercaderes de la localidad, pues éstos acuden allí los días de mercado en grupos de seis y de siete a tomar su consabido té, que les sirven en dos teteras, una para el agua hirviendo y otra para la esencia de la bebida; todas tienen el mismo techo ahumado, la misma ahumada araña con numerosos vidrios colgantes que se agitan y tintinean cada vez que el mozo corre por el desgastado linóleo sosteniendo hábilmente la bandeja con tal multitud de tazas para té como pájaros en la orilla del mar; tienen los mismos cuadros al óleo cubriendo todas las paredes. En una palabra, la sala era como en todas partes, con la única diferencia de que un cuadro representaba una ninfa de senos tan prominentes como, sin duda alguna, jamás ha visto el lector. De todos modos, semejante capricho de la naturaleza puede observarse en diversos cuadros históricos traídos a Rusia no se sabe cuándo ni de dónde ni por quién, aunque a veces los trajeron hasta nuestros altos dignatarios, amantes de las artes, que los adquirieron en Italia siguiendo el consejo de los cocheros que los conducían.

El señor se quitó la gorra y se desenvolvió del cuello la bufanda de lana, una de esas bufandas de vivos colores que al hombre casado prepara con sus propias manos la esposa y se la entrega suministrándole al mismo tiempo sensatos consejos acerca de cómo ha de envolverse con ella, y a los solteros no puedo decir a ciencia cierta quién se las hace; lo sabrá Dios, que yo nunca he llevado bufandas de esa clase. Desenvuelta ya del cuello la bufanda, el señor mandó que le sirvieran la comida. Mientras le servían los platos habituales en las fondas, como sopa de col con empanada de hojaldre, reservada durante varias semanas especialmente para los viajeros, sesos con guisantes, salchichas con col, pollo asado, pepinillos en salmuera y el eterno pastel de hojaldre, siempre a punto de servir; mientras se le ofrecía todo esto, recalentado o simplemente frío, hizo que el criado o mozo le contara un sinfín de detalles acerca de quién había sido el dueño de la fonda y quién lo era entonces, si daba ésta muchos beneficios y si era muy canalla el patrón, a lo cual el mozo, como de costumbre, respondió: «Oh, señor, es un granuja de tomo y lomo». Tanto en la ilustrada Europa como en la ilustrada Rusia, hay ahora muchas personas honorables que no pueden comer en una fonda sin trabar conversación con el criado y a veces hasta sin tomarle un poco el pelo. De todos modos, las preguntas del viajero no siempre eran vanas: quiso saber con extraordinaria precisión quién era el gobernador de la ciudad, quién el presidente de la Cámara, quién el fiscal, en una palabra, no pasó por alto ni un solo funcionario de importancia; pero aún quiso saber con mayor precisión, si no hasta con muy vivo interés, algunos detalles acerca de

todos los propietarios importantes: cuántas almas poseía cada uno de ellos, a qué distancia vivía de la ciudad, incluso cuál era su carácter y si acudía a ella con frecuencia. Preguntó detenidamente sobre el estado de aquellos lugares: si había enfermedades en la provincia, fiebres epidémicas, calenturas malignas, viruelas y demás, y todo ello con tanto detalle y exactitud que se advertía en el forastero algo más que simple curiosidad. Era aquél un señor de graves maneras, y se sonaba con extraordinario estrépito. No se sabe cómo se las arreglaba, pero la nariz le hacía un ruido como una trompeta. Esta cualidad, al parecer del todo inocente, le granjeó, no obstante, un gran respeto por parte del criado de la fonda, quien cada vez que oía ese ruido sacudía los cabellos, se erguía aún más respetuosamente e, inclinando la cabeza desde las alturas, preguntaba: «¿Desea algo el señor?».

Después de comer, el señor se tomó una taza de café y se recostó en el diván colocándose a la espalda uno de esos almohadones de las fondas rusas, llenos, en vez de elástica lana, de algo en extremo parecido a los ladrillos y cantos rodados. Ahí empezó a bostezar y ordenó que le condujeran a su habitación, donde se acostó y durmió dos horas. Descansado que hubo y por ruego del criado de la fonda, anotó en un trozo de papel su rango, nombre y apellido para que pudieran comunicarlo donde correspondía, es decir, a la policía. El mozo, al bajar la escalera, deletreó en el papel lo siguiente: «Consejero colegiado Pável Ivánovich Chíchikov, terrateniente, de viaje por asuntos particulares».

Seguía aún el mozo deletreando la nota cuando el propio Pável Ivánovich Chíchikov salió a dar una vuelta por

la ciudad, de la que, al parecer, quedó satisfecho, pues vio que nada tenía que envidiar a las otras ciudades de provincias: la pintura amarilla de las casas de ladrillo hería fuertemente la vista, y la gris presentaba modestamente sus tonos oscuros en las casas de madera. Los edificios eran de una planta, de dos y de planta y media, todos con la eterna buhardilla, muy hermosa a juicio de los arquitectos de provincias. En algunas partes, las casas parecían como perdidas entre la calle, ancha como un campo, y las interminables vallas de madera; en otras partes formaban como un montón y ahí se notaba mayor movimiento de gente y de animales. Vio unos rótulos casi borrados por la lluvia, que tenían pintadas rosquillas y botas, o unos pantalones azules y el nombre de algún sastre de Arsovia; ahí, una tienda de gorras con la inscripción: VASILÍ FIÓDOROV, EXTRANJERO; ahí, un billar dibujado con dos jugadores vestidos de frac, un frac como los que llevan en nuestros teatros los invitados que entran en escena en el último acto. Los jugadores estaban representados con los tacos en la mano, apuntando, vueltos los brazos un poco hacia atrás y torcidas las piernas, como si acabaran de hacer en el aire un paso de danza. Debajo de todo ello se leía: HE AQUÍ EL ESTABLECIMIENTO. En algún que otro lugar había en plena calle puestos con nueces, con jabón y con melindres parecidos a jabón; en un fonducho lo dibujado era un pescado gordo con un tenedor clavado. Mas lo que con mayor frecuencia se encontraba eran oscurecidas águilas bicéfalas imperiales a las que ahora sustituye ya el lacónico letrero CASA DE BEBIDAS. En todas partes el pavimento era bastante malo. El viajero dio también un vistazo al

jardín público, formado por raquíuticos arbolillos que habían prendido mal, sostenidos por unos rodrigones de forma triangular muy lindamente pintados de verde al aceite. De todos modos, aunque esos arbolillos no eran más altos que una caña, se dijo de ellos en los periódicos, con motivo de unas iluminaciones, que «nuestra ciudad se ha embellecido, gracias a la solicitud de la autoridad civil, con un jardín de umbráticos árboles con frondosas ramas que dan fresca sombra en los días calurosos» y que, al mismo tiempo, «enterneceía ver cómo los corazones de los ciudadanos palpitaban desbordantes de gratitud y cómo fluían de sus ojos torrentes de lágrimas en testimonio de agradecimiento al señor alcalde». Después de preguntar con todo detalle a un guardia cuál era –por si hacía falta– el camino más corto para ir a la iglesia mayor, a las oficinas públicas y a la casa del gobernador, fue a echar un vistazo al río, que corría por el centro de la ciudad. De paso arrancó de un poste un prospecto con la intención de leerlo a conciencia cuando hubiera regresado a la fonda, contempló fijamente a una dama que no estaba nada mal y caminaba por la acera de tablas seguida de un muchacho vestido de uniforme, con un envoltorio en la mano; una vez más se fijó atentamente en todo como para recordar muy bien la disposición del lugar y se encaminó a su alojamiento, donde pasó directamente a su habitación apoyándose un poco en el criado de la fonda al subir la escalera.

Tomó el té, se acomodó ante la mesa, mandó que le prepararan una vela, sacó del bolsillo el prospecto, lo acercó a la luz y se puso a leerlo guiñando levemente el ojo derecho. En realidad, poco era lo que había de inte-

rés en el prospecto: se representaba un drama de Kotzebue en el que el señor Popliovin hacía el papel de Roll, la señorita Ziáblova el de Cora y los demás actores aún eran menos notables. Ello no obstante, leyó todos los nombres, llegó hasta el precio de platea y se enteró de que el prospecto había sido impreso en la tipografía del gobierno provincial; luego dio la vuelta al papel para ver si al otro lado había también alguna cosa, mas al no encontrar nada en él, se frotó los ojos, dobló la hoja con mucho cuidado y la colocó en su cofrecillo, donde solía guardar cuanto le venía a las manos. El día se cerró, al parecer, con una porción de ternera fría, una botella de espumoso *kvas* agrio y un sueño profundo, a prueba de bomba, como dicen en algunos lugares del vasto Imperio ruso.

Dedicó el día siguiente a visitas; el forastero acudió a saludar a todos los dignatarios de la ciudad. Presentó sus respetos al gobernador, quien, como Chíchikov, no era ni gordo ni flaco, lucía en el cuello la cruz de Santa Ana y hasta se decía que había sido propuesto para la orden de San Stanislao; por lo demás, era bonachón como él solo y a veces hasta se entretenía bordando en tul. Luego fue a ver al vicegobernador, estuvo después en casa del fiscal, en la del presidente de la Cámara, en la del jefe de policía, en la del arrendatario de los servicios públicos, en la del director de las fábricas del Estado... Lástima que sea algo difícil recordar a todos los poderosos de este mundo; pero baste decir que el forastero desplegó una actividad insólita en lo que respecta a las visitas: acudió a presentar sus respetos incluso al inspector de Sanidad y al arquitecto municipal. Luego aún permaneció

largo rato en la calesa pensando a quién podría visitar todavía, pero no quedaban ya más funcionarios en la ciudad.

En las conversaciones con tan poderosos señores supo adular muy hábilmente a cada uno de ellos. Al gobernador le insinuó, como de pasada, que se entraba en su provincia como en el paraíso, que las carreteras en todas partes eran como de terciopelo, y que los gobiernos que nombran a sabios dignatarios son merecedores de la mayor alabanza. Al jefe de policía le dijo algo muy halagador acerca de los guardias urbanos; y en las conversaciones con el vicegobernador y con el presidente de la Cámara, quienes no habían pasado aún de consejeros de Estado, les trató hasta por error, dos veces, de «Vuestra Excelencia», cosa que les agradó en extremo. Consecuencia de todo ello fue que el gobernador le invitara a una velada familiar que daba aquel mismo día, y los demás funcionarios, a su vez, le invitasen asimismo quien a comer, quien a una partidita de *boston*, quien a tomar el té.

El forastero, según se vio, procuraba hablar poco de sí mismo; si, a pesar de todo, hablaba, lo hacía en términos generales, con notoria modestia, y en tales casos empleaba en su conversación algunos giros un poco librescos: que era un insignificante gusano de este mundo e indigno de que se ocuparan mucho de él, que en su vida era mucho lo que había pasado, y había sufrido en el ejercicio de su cargo por salir en defensa de la verdad, que tenía muchos enemigos, los cuales habían llegado incluso a atentar contra su vida, y que ahora, deseoso de vivir en paz, buscaba un lugar en el que fijar, al fin, su residencia; llegado a esta ciudad, había considerado ineludible de-

ber suyo presentar sus respetos a los primeros dignatarios. Y eso es cuanto se supo en la ciudad de este nuevo personaje, que no desaprovechó la ocasión de presentarse en la velada del gobernador aquella misma noche.

Prepararse para la velada le ocupó más de dos horas y también en esta tarea, en la de arreglarse, puso el forastero una atención que no en todas partes puede observarse. Después de una corta siesta que siguió a la comida, mandó que le trajeran agua y durante un rato extremadamente largo se estuvo frotando con jabón las dos mejillas, sosteniéndoselas desde el interior con la lengua; luego, tomando del hombro del criado de la fonda una toalla, se frotó en todos sentidos su llena cara, empezando por detrás de las orejas después de haber lanzado un par de resoplidos al mismísimo rostro del fámulo. Se puso luego la pechera ante el espejo; se arrancó dos pelitos que le salían de la nariz y a renglón seguido se vio metido en un frac de color rojo oscuro con motitas. Así vestido, subió a su propio coche y se puso en marcha por las calles infinitamente anchas, alumbradas por la escasa luz que salía de alguna que otra ventana. Bien es verdad que la casa del gobernador se hallaba tan iluminada como si en ella fuera a darse un baile; había allí coches con sus faroles y dos gendarmes de guardia a la entrada, se oían gritos de los postillones a lo lejos. En una palabra, todo estaba como era de rigor.

Al entrar en la sala, Chíchikov se vio obligado a entornar los ojos un instante a causa del tremendo resplandor de las bujías, de las lámparas y de los vestidos de las damas. Todo se hallaba bañado de luz. Los fraques negros aparecían y desaparecían, pasaban raudos, solos y en